

Carta a Angel Crespo

Me pide usted, querido Angel Crespo, noticia de las intenciones y fines de la **Escuela de Altamira**. Trataré de dársela sucintamente.

Nació la **Escuela** por iniciativa del pintor Mathías Goeritz, secundado por Angel Ferrant, Pablo Beltrán de Heredia y yo, con el propósito de agrupar a plásticos y escritores coincidentes en la convicción de que la creación artística solo tiene sentido cuando se intenta desde la vida, expresando intuiciones que para ser válidas tienen que ser actuales puesto que las registra un ser viviente y no una máquina sincronizada con el distante o el cercano ayer.

En las reuniones de la **Escuela**, en las conferencias pronunciadas o artículos escritos por sus miembros se ha precisado con claridad la amplitud con que se entendía el concepto «arte nuevo», subrayando la legitimidad de las múltiples corrientes en que se manifiesta. La **Escuela** es anti-dogmática y adversa a todo academicismo; aún más adversa al academicismo de lo «nuevo» porque lo considera más peligroso y capaz de inducir a confusión, de enturbiar las aguas, ya harto revueltas, de la plástica contemporánea.

Y el confusionismo es el enemigo. El confusionismo y además, en este país, nuestra tremenda dolencia nacional: la chabacanería. No sólo en las artes plásticas. En la poesía, en la novela, en la crítica... Conviene poner un poco de orden en las ideas. Y situarse en posiciones claras. Decir claramente nuestra admiración o nuestra repulsa, y justificarlas.

Los miembros de la **Escuela** discrepamos en algunos puntos. Es lo natural, e importa poco puesto que coincidimos en considerar el principio de la libertad en el arte como consustancial con el arte mismo. Sin libertad no hay arte y los academicismos constituyen por naturaleza una traba de la libre creación. Por eso estamos frente a ellos y, como digo, frente a todos ellos.

El arte es libertad y debe de ser libertad para consertir la expresión de las intuiciones en su forma propia, forma que ni puede copiar ni seguir las reveladoras de intuiciones ajenas. El arte ha de ser autenticidad y no puede resultar expresivo si no revela con verdad una pasión genuina. El simulador al manifestar su condición en la falsedad, se deja conocer como el anti-artista que es.